



FRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, un mes, 6 rs.; PROVINCIAS, trimestre, la suscripción directa, 24; por correspondencia, 30; EXTRANJERO Y ULTRAMAR, 60. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO OFICINAS DEL PERIÓDICO: Caños, 1, principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios á real línea.

NUESTRO GRABADO.

Cristóbal Oudrid ha dejado de existir.

Victima de aguda enfermedad, el arte lírico nacional ha perdido en él una de sus más firmes columnas, y sus numerosos amigos un compañero cariñoso y leal cuya muerte ha venido á herirles en lo más íntimo de sus afectos.

En tan tristes momentos no podemos escribir una extensa reseña acerca de su vida y sus obras, debiendo ceñirnos tan sólo á dar ligeros apuntes biográficos del malogrado autor que tan prematuramente acaba de descender á la tumba.

Nació Cristóbal Oudrid en Badajoz, en Agosto de 1826. Sus padres, D. Cristóbal y doña Antonia Segura, le dedicaron, desde sus más tiernos años al estudio de la música, haciéndole ingresar el de 1840, como corneta de llaves en el regimiento provincial de la referida ciudad.

Al cabo de dos años, y en vista de su decidida afición al arte de la música, vino á Madrid deseoso de ensanchar el horizonte de sus conocimientos, logrando ocupar la plaza de flautista en la orquesta del teatro de la Cruz, sin que por eso dejara de proseguir sus estudios musicales bajo la dirección del célebre maestro de piano D. Pedro Alvéniz.

En el año de 1844 entró á servir la plaza de maestro de coros del teatro del Instituto, donde se cantaban á la sazón óperas italianas, traducidas al castellano, entre las que figuraban *Il barbiere di Siviglia*, *Il ritorno di Columella*, *Chiara di Rosenberg* y otras, debidas al genio de los compositores más en boga por aquellos días.

Pero como el talento de nuestro compatriota estaba llamado á más altos fines, dióse al fin á conocer como compositor de música de bailes en el teatro Español, allá por el año de 1846. Entre dichas composiciones obtuvieron grandioso éxito *La rondalla de Zaragoza*, *La tertulia*, *La zambra de gitanos*, *La poderosa* y algunas más que fueron acrecentando de día en día la fama é importancia de nuestro popular autor.

En el año de 1848 empezaba á germinar la idea del renacimiento de la zarzuela, y por aquella época empezó el maestro Oudrid á contribuir á la obra de nuestra regeneración musical.

Escribió para el teatro del Instituto la partitura de un sainetillo titulado *Las sacerdotisas del sol*; y más tarde, en el año de 1849, una zarzuela de mayores proporciones que aquel, denominada *Misterios de bastidores*, obra que conquistó desde luego los favores del público, obteniendo calurosos aplausos y alcanzando gran número de representaciones. Las citadas zarzuelas empezaron á despertar el gusto por el nuevo género, que aseguró desde luego su importancia con la representación de la titulada *El duende*, del maestro Hernando, estrenada con felicísimo éxito en el teatro de Variedades el 6 de Junio de 1849. En el mismo coliseo fueron también muy aplaudidas *La mensajera*, de Gaztambide, *Gloria y peluca*, de Barbieri y *Pero Grullo*, de Oudrid.

En tales condiciones, pensóse seriamente por algunos maestros en dar mayor esplendor al naciente espectáculo, y á éste fin constituyose una sociedad, de la que formaron parte los compositores Barbieri, Gaztambide, Oudrid, Hernando é Inzenga, el autor dramático Olona, y el cantante Salas, los cuales tomaron á su cargo el teatro del Circo, donde Oudrid dió á conocer la partitura de *Morco*, que es sin duda alguna la mejor de las que componen su rico y variado repertorio. Podemos también citar entre las más inspiradas, *El postillon de la Rioja*, *El conde de Castralla*, *Amor y misterio*, *Buenas noches señor don Simon*, *El estudiante de Salamanca*, *Memorias de un estudiante*, *La gata de Mari-Ramos* y *El molinero de Subiza*, drama lírico que vino á poner el sello á la reputación de Oudrid, y que ha obtenido en todas partes gran número de representaciones.

La última zarzuela de nuestro compositor, puesta en escena en el teatro de la calle de Jovellanos, ha sido la titulada *Los pajes del rey*, cuya música es bella é inspirada como la de cuantas constituyen el largo catálogo de sus partituras.

Deja escrita una zarzuela inédita, con libro del Sr. Nogués, que indudablemente será representada en no lejano tiempo, á fin de que el público tenga nuevas ocasiones de rendir un tributo de admiración al distinguido compositor, cuya pérdida tan sensiblemente lamentamos.

Dicha zarzuela se titula *El Consejo de los diez*.

Diremos, para terminar, que el maestro Oudrid ha ocupado los primeros puestos que en Madrid se conceden á los profesores que consagran sus talentos al arte de la música. Ha sido director de orquesta del teatro Real y de la Sociedad de Conciertos, donde ha tenido ocasión de manifestar las grandes dotes de pericia y habilidad que le adornaban.

Ha fallecido á los 51 años, dejando un vacío inmenso entre sus deudos y amigos; su memoria, sin embargo, quedará grabada indeleblemente en los corazones de cuantos tuvieron la dicha de tratarle y estiman en algo el desarrollo y progreso del arte lírico nacional.

Luis Viglietti.

UN PRÓLOGO DE EMILIO CASTELAR (1).

La cuestión religiosa, ó, mejor dicho, la cues-

(1) Tan interesante y notable trabajo forma la introducción de un libro que, con el título de "Influencia del catolicismo en la España contemporánea" ha escrito el Sr. Martín de Ollas.—Precio: 8 rs. para los suscriptores de EL GLOBO; 10 rs. en las principales librerías. Avisos á la administración de este periódico.

tion de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, apasiona tanto á nuestro siglo como pudieron apasionar á los siglos pasados las cuestiones teológicas. El dictado de indiferente con que tantas veces se ha querido manchar esta nuestra edad, no le cuadra, porque la indiferencia es contraria al interés mostrado siempre por nuestro tiempo en favor ó en contra de las soluciones políticas relacionadas con la fe religiosa. Lo que realmente hay en nuestro siglo, es un sentido mucho más humano, mucho más universal, y, por lo mismo, mucho más justo que en los siglos anteriores. En uno de mis trabajos históricos que tienen por objeto nuestra edad, en el capítulo XXX de mi *Historia del Movimiento Republicano en Europa* he tratado yo de estudiar el espíritu de tolerancia moderno, estudiando uno de los pensadores que más lo han fomentado, Lessing, gloria de Alemania. Y allí he dicho sobre este punto lo que sigue, y que al pie de la letra copio, por resumir, en breves palabras, mi sentido acerca del espíritu religioso de nuestro siglo. «Para el gran pensador, la gloria de la humanidad no está, no, en la quieta posesión de la verdad, está en los combates, en las penas que la verdad ha costado. Por eso dice que, si le llamara Dios y le di-

San Pedro de Roma ó de San Pablo de Lóndres; desde las torres de la iglesia de Worms, que oyeron la protesta del monje Lutero, hasta las torres de la catedral de Colonia, que todavía abrigan la reacción católica, no se descubren los límites últimos ni las últimas señales de la revelación; no se ven ni en lo pasado los confines de los recuerdos religiosos, ni en lo porvenir los extremos de las religiosas esperanzas; porque así como el libro de los Vedas ha podido ser el libro de la naturaleza, y el libro de los Persas el libro de la luz, y el libro del Antiguo Testamento el libro de Dios Padre, y el libro del Nuevo Testamento el libro de Dios Hijo, y el libro de la Reforma el libro del Espíritu Santo, el pensamiento humano jamás podrá saber cuántos libros religiosos, reveladores, luminosísimos, vendrán mañana en progresión ascendente á continuar la obra que los otros comenzaron, á embellecer, á santificar el humano espíritu, para el cual guardan los cielos en sus profundidades una revelación eterna é incansable.

Esta idea, mediante la cual aparecen las varias religiones como grados diversos en el desarrollo de la humana conciencia, realmente ha reconciliado los hombres entre sí y les ha dicho cómo necesitan unos de otros para vivir, aunque tengan opuestas creencias, y cómo las ideas necesitan unas de otras para definirse y desarrollarse, aunque parezcan contradictorias.

Nuestro tiempo reconoce que la religión es obra de la conciencia, y los tiempos antiguos creían que la religión era obra del Estado. Y todos los grandes tiranos han tenido esta idea falsísima de que una ley civil ó una ley política bastaban para producir una creencia religiosa. Napoleón, desde su destierro, critica acerbamente á Enrique IV por haber oído la misa católica y haber hecho de esta suerte que Francia oyera con él esa misa, cuando Francia hubiera sido mucho más libre de abrazar á tiempo la religión protestante. El mismo, se cree con tal poder teológico, que le hubiera sido fácil, cuando pactó el Concordato, establecer la Iglesia luterana en lugar de restablecer la Iglesia católica. Carlos V procedía lo mismo. En su orgullo no se contentaba con ser emperador; creíase también Pontífice. Y en lo recio del combate entre católicos y protestantes se le ocurrió trazar un símbolo de fé, un pacto de alianza entre las dos creencias enemigas, como si de puros asuntos políticos se tratara en la esfera propia de los poderes civiles. Así, cuando vió al elector de Sajonia erigirse y rechazar sus incomprensibles contratos, no pudo comprender cómo, prestandose cual blanda cera á sus manos la tierra, se le rebelaba la conciencia. Y hé aquí el error de todos los intolerantes en todos sentidos: imaginar al Estado bastante fuerte para dirigir á su arbitrio lo que solamente se dirige por la fuerza de las ideas, la íntima esencia del espíritu.

El cristianismo, en sus orígenes, se planteaba como religión del espíritu, frente al paganismo, que se defendía como religión del Estado.

La teoría de las religiones del Estado, de las religiones que se imponen por la fuerza social, era propia del sensualismo pagano, que se contentaba con la ofrenda material y el reconocimiento exterior, curándose poco de la conciencia y del espíritu. Así, mientras Aristóteles y Aito defendían los dioses griegos contra Sócrates, porque eran los dioses vencedores en Platea y Salamina, y Cicerón en sus libros de las leyes asentaba que nadie tenía facultad para adorar otros dioses que los dioses de la patria; y Paulo en sus sentencias declaraba que todos aquellos que eran osados á profesar una religión distinta de la religión del Estado eran reos, si nobles de destierro, si plebeyos de muerte; y el gran Trajano decretaba la persecución de los nuevos sectarios, porque al injuriar al César injuriaban al imperio; mientras subsiste y cobra fuerzas esta idea pagana que ha cometido todos los grandes crímenes, desde el sacrificio de Sócrates hasta el sacrificio de Cristo; mientras esta teoría de la religión impuesta por la fuerza social dominaba en toda la antigüedad clásica, los cristianos reivindicaban el derecho de adorar á su Dios en nombre de la conciencia, en nombre del espíritu; y de esta suerte, al mismo tiempo que defendían la verdad religiosa, defendían el principio de que sobre la conciencia no hay más que una jurisdicción, y es la jurisdicción divina, y que los poderosos que persiguen por hechos de conciencia á los sectarios de una idea, desertan de la humanidad como los Césares paganos que al-



Cristóbal Oudrid y Segura, maestro-compositor.

jese: «en esta mano tengo la verdad y en esta otra el camino penoso, escabrosísimo, que á la verdad conduce, escoje, escojeria el camino de la verdad aun á riesgo de regarle con su sudor y con su sangre. ¡sí, virtud santificante de la lucha, del trabajo, del dolor! parece que destruyes y creas; parece que abates y exaltas; parece que debilitas y fortificas; parece que eres el signo de nuestra inferioridad y eres la señal esplendente de nuestra grandeza y de nuestra gloria!»

«Lessing aceptaba la lucha por la verdad para fortalecer su espíritu, como el atleta antiguo aceptaba la gimnasia para fortalecer su cuerpo, y en estos ejercicios del pensamiento encontró la idea de que todas las religiones son grados diversos, fragmentos diseminados, matices varios de una misma religión, la cual ha educado progresivamente á la humanidad. El ideal religioso no se encuentra contenido en un sólo libro, sino en todos los libros que han sostenido,

que han consolado á nuestra especie en las tristes asperezas de su ruta hácia la realización del ideal. Así como el trabajo del Oriente no ha podido perderse, ni perderse el trabajo de Grecia y sus filósofos, el trabajo de Roma y sus juriscóndulos, así el trabajo de las diversas iglesias servirá para esclarecer, para iluminar la conciencia humana. Desde los picos del Himalaya, á los cuales alzan sus brazos suplicantes los padres de los primeros dioses; desde las cumbres del Sinaí, donde aún relampaguea, trueno y fulmina el Jehová de Moisés; desde el sublime Calvario donde corre la humilde sangre del hijo del Hombre; desde el Híbla, que ha visto la cuna de los dioses griegos y que ha escuchado los diálogos del divino Platon; desde el coliseo romano, en cuyas cimas brillaban los géneos protectores de Roma y en cuyo centro hoy abre sus brazos la Cruz que parece alimentarse de las cenizas de los mártires como los árboles de la sávia de los campos; desde las cúpulas de